



CENCERRADA 8.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,
PACIENCIA, 3.

A nuestros favorecedores.

Hemos recibido con el mayor gusto un artículo sobre *libertad de cultos*, lleno de bellezas filosóficas y escrito con la mayor erudición: y sentimos en el alma no poderlo insertar en EL CENCERRO, por no venir firmado. Tenemos formado el propósito de que todo lo que se nos remita para que se inserte ha de proceder de persona conocida. Cuando el autor no tenga inconveniente en que se sepa su nombre, lo pondremos al pie de su obra: cuando quiera conservar el anónimo, lo complaceremos; y ya sea de una ó de otra manera presentaremos siem-

pre como *remitida* toda obra que no sea del EL CENCERRO, pues no es justo ni le gusta á este adornarse con plumas ajenas.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Aleluya! Ya tenemos casa.

—¡Cómo, casa!

—Sí, señor, casa. ¿No quería V. mudarse? Pues ya tenemos casa.

—¿Y qué casa es esa, hombre?

—¿Que qué casa? ¡Ahí es nada! El palacio de la reina, *que Dios guarde*.

—¡El palacio de la reina! ¿Y para qué quiero yo el palacio de la reina?

—¡Foma! Para habitarlo. Dicen que, á imitación de lo que hizo un señorón allá en Inglaterra, han puesto en

la puerta un gran cartelón que dice:
Esta casa se alquila.

—No lo creo, Liberto.

—¿Que no lo cree su mereed?
¿Pues qué, no es eso lo que se debe hacer?

—Pues precisamente porque es eso lo que se debe hacer, no creo que se haya hecho. Para ciertos hombres nada es mas difícil de hacer que lo mas fácil.

—Pero, señor, si está vacío...

—Anda, que acaso no lo estará mucho tiempo.

—Pues qué, señor, V. cree...

—No sé lo que creo, Liberto; pero me temo mucho que esa casa adquirirá pronto un nuevo inquilino... Y ahora qué me acuerdo, Liberto: ¿no me has dicho mas de cien veces que eres republicano?

—Sí, señor: *y lo dicho dicho y la jaca en la puerta.*

—¡Ola, ola! Sabes tú tambien eso de *lo dicho dicho y la jaca en la puerta*?

—¡Toma! ¡Pues si eso es mas común!..

—¿Y sabes tú de donde viene ese refrancillo?

—Eso ya no lo sé yo, señor.

—Pues yo te lo diré. Pero contéstame tú antes. ¿Eres o no republicano?

—Sí señor, que lo soy, y capaz de...

—Bueno, hombre: bueno. Y siendo tan republicano ¿cómo es que me has dicho hace poco, *la reina que Dios guarde*?

—Pues vea osté ahí una prueba de que soy republicano. Yo quiero que Dios *guarde* á la reina, para que no vuelva mas por aquí. ¿Me entiende osté ahora?

—Sí, hombre, ahora si que te entiendo, y digo como tú que *Dios la guarde*.

—Ahora es menester que me esplique osté á mi aquello de *lo dicho dicho y la jaca en la puerta*.

—Es un cuentecillo que nada tiene de particular, ni para nada viene al caso; pero por fin, si te empeñas, escucha.

Hubo un Rey en España, sobre cuyo legítimo nombre calificativo aun no se han podido poner de acuerdo los historiadores. Su nombre era Pedro; pero unos le apellidan *el Cruel* y otros *el Justiciero*, sin que se sepa quienes son los que llevan mas razon.

—Si le hubieran llamado *el malo*, hubieran acertado.

—¿Conoces tú su historia?

—No señor; pero como dice V. que era rey...

—Y qué, los reyes ¿no son hombres? Y los hombres ¿no pueden ser buenos ó malos?

—Los hombres, si señor; pero los reyes...

—Calla, calla, Liberto; que esas son exajeraciones.

—Siga V. su cuento, mi amo; siga V., porque si no...

—Pues bien. D. Pedro de Castilla era uno de los reyes mas llanos y mas populares que te puedes figurar, y si en vez de vivir en aquella época en que los grandes querian ser tan reyes como el mismo rey, y con sus revueltas, intrigas y agitaciones lo tenían siempre en jaque, hubiera vivido en una época mas tranquila, D. Pedro de Castilla hubiera pasado por un buen rey.

—¡Señor, señor! Que me huele eso á...

—Eso te huele á historia. En este momento soy historiador, y como tal debo ser veráz, porque en eso consiste la historia.

—Adelante, nostramo.

—Pues bien: D. Pedro, se disfrazaba con frecuencia, y mezclándose con el pueblo, se enteraba de sus necesidades, de sus deseos, y algunas veces previno conspiraciones que le hubieran podido costar la corona. Cierta día, que salió de su Alcázar vestido con una ropilla ordinaria y seguido de un solo criado de confianza, se alejaron de Sevilla, cabalgando cada cual en su troton, y andando, andando, dieron en la villa de Brenes, una de las mas pobres y reducidas que habia en su reino. Entraron en la única posada, y despues de dejar acomodados sus caballos se sentaron tranquilamente á disfrutar el calor que proporcionaba un grueso tronco de encina que ardia en la cocina del meson. A poco de estar allí, un nuevo pasajero, que á tiro de ballesta se conocia que era militar, entró en la posada montado sobre una mala jaca. El mesonero encargó de albergarla en el establo, y el soldado se sentó gravemente al fuego, frente por frente al rey D. Pedro, á quien gustó desde luego la apostura y aire marcial del veterano, y que por lo tanto se propuso entrar en conversacion con él.

—Huésped, gritó el rey D. Pedro, servidnos un jarro de vino.

—Será usarcé servido, contestó el complaciente posadero: y colocó entre el rey y el soldado, sobre una mala mesilla, un mugriento jarro y tres desportilladas escudillas. El rey escanció en ellas el vino, y alargó una al militar, que no se hizo de rogar.

—A vuestra salud, seor militar.

—A la de vuestra merced, buen caballero; contestó el soldado guardándose bajo su colete de ante, y de un solo trago, todo el vino de la escudilla.

—¿Podré saber, si no es descortesia, á donde se dirige el militar?

—Voy á Sevilla, si vuestra merced no se opone.

—¿Llevais algun asunto de interés?

—Voy á ver si el rey D. Pedro se acuerda de sus fieles servidores.

—¿Le habeis prestado algun servicio?..

—He peleado constantemente en sus tercios, hasta que he perdido este brazo en Toro, defendiendo su causa.

—¿Y llevais buenas esperanzas?

—No sé qué contestaros, señor: porque como hay dos Pedros, que mandan en Castilla...

—¿Dos Pedros!—interrumpió el Rey, palideciendo.

—Justamente. D. Pedro el Cruel, y D. Pedro el Justiciero. Si doy con el Justiciero, ereo que me atenderá.

—¿Y si dais con el Cruel?

—No por eso me intimidará. Le diré que el rey que abandona á sus soldados, cuando estos han derramado por él su sangre, y han quedado imposibilitados de ganarse la vida, es un mal rey, y montando en mi jaca me volveré tranquilo á mi pueblo.

Acabábase de asar á la sazón el cuarto de carnero que para cenar habian mandado preparar los viajeros, y colocado sobre la misma mesilla, lo comieron fraternalmente en compañía del soldado, separándose despues cada cual para dormir. Pero D. Pedro y su criado, apenas trascurrida una hora, salieron silenciosamente de la posada, y galopando sobre sus caballos, llegaron á Sevilla antes de amanecer. El rey previno á sus criados que si se presentaba algun soldado manco á pedir audiencia se le avisase al momento, y se recojió en su retrete. Aun permanecia dormido cuando se le hizo saber que habia llegado el veterano que esperaba. D. Pedro se vistió con todo el lujo de la época: colo-

có sobre sus hombros y cabeza las insignias reales, y sentado sobre el trono, dió la órden de que se presentase el militar. Llegó este efectivamente y al punto conoció que el rey y el caballero de la posada de Brenes eran una sola persona: mas no por eso se descompuso, sino que con la mayor tranquilidad manifestó su petición, que el rey escuchó con la mayor gravedad.

—Y si yo, D. Pedro el Cruel, no te hago caso?

—Entonces, señor, *lo dicho dicho y la jaca en la puerta*, contestó el impassible soldado, haciendo una grave reverencia y disponiéndose á salir de la estancia.

—¡Bien, señor! Vea V. ahí un buen republicano, á quien probablemente le costaría la cabeza....

—No: ni era republicano, ni se le siguió el menor perjuicio. Era un buen español, que dió con otro que tambien lo era, y ambos quedaron complacidos: el uno de la liberalidad del rey, y el otro de la franqueza del soldado. Ya sabes lo que quiere decir *lo dicho dicho y la jaca en la puerta*.

FABULA.

EL LOBO CON CAPA DE OVEJA

En medio de un llano
un pastor muy rico
sentó sus reales
y puso su aprisco:
y cual ganadero
ducho y entendido
á sus fieles perros
aquesto les dijo:==
Tened mucho ojo,
mis buenos amigos;
ved que hay muchos lobos
entre aquellos riscos,
que acechan traidores
el menor descuido.

Ved que son astutos,
que son muy ladinos,
y emplearán cien medios
á cual mas inicuo
para sorprenderos
si no estais muy listos.

Los fieles mastines
así prevenidos,

vijilando siempre
con celo continuo

burlaron del lobo
los fieros instintos,

que nunca mas pudo
llevarse un cabrito.

Entretanto el lobo
mústio, y afligido

hambriento en su cueva
maldice su sino

al ver que no puede
llegar al aprisco

ni untarse ya espera
jamás el hocico.

¿Y habré de morirme
de hambre y de frio;

(para si decia
con lúgubre ahullido)

teniendo á la vista
tanto corderillo?

¡Ah pastor infame!

¡Ah perros malditos!

os juro vengarme,
y he de conseguirlo

aunque en la refriega
saque varios chirlos.

Y aquesto diciendo
alcanzó de un brinco

la piel de una oveja
que se habia comido.

Cubrióse con ella,
dejó su escondrijo,

y así disfrazado
se fué hácia el aprisco,

y en él se introdujo
sin ser conocido.

Las muertes que hubo,
los daños que él hizo,
es casi imposible

poder referirlos:
hasta que el pastor
al fin aburrido,
haciendo un exámen
por demás prolijo,
entro las ovejas
encontró al lobito.
Le asió de una oreja
le quitó el abrigo,
reunió sus mastines,
y aquesto les dijo:—

—
Aquí teneis un ejemplo
de lo que ya os tengo dicho.
Muchos habrá que traidores
y con la capa de amigos
acudirán á vosotros
para alterar el aprisco.
Así, pues, abrid el ojo
y no olvideis el aviso.

Pregunta un periódico:—¿Qué quieren los republicanos?—Y se contesta el mismo:—*Republica.*—Pues entonces ¿para que lo pregunta V?

Colocacion.

Un jóven de buena casa y de malos padres, criado con decencia por una pasiega, desea encontrar colocacion en algun trono vacante, para lo que tiene felices disposiciones, como puede verse por la historia de su familia, tinta en sangre española. Tiene personas que lo garanticen sin garantias.

(Remitido.)

—Liberto.
—Señor.
—Llégate á casa de Modelo y dile que no me haga el frac que le tenía en-

cargado, porque ya no me corre prisa.
¡Buen mico nos han dado!

—¿Nos han regalado algun mico, señor?

—¡Y flojo! Te parece poco el de haber perdido la eleccion?

—Es verdad, señor. Mala partida ha estado esa.

—Mira: de camino éntrate tambien por casa de Puzzeni, y dile que no haga tampoco el ramillete....

—¿Qué, no damos ya el refresco?..

—Sí: para refrescos estoy yo. Lo que has de hacer es traerle para acá el sanguijuelero, porque, si no me pongo seis docenas, me vá á dar un torozon.

El Sr. Olózaga es el hombre que lo entiende. La revolucion se ha hecho para él. Mientras corre á torrentes la sangre en Alcolea, en Cádiz y en otros puntos, el Sr. Olózaga sale para Paris, con el modesto sueldo anual de un millon de reales, entonando su patriótico canto de *Dios salve al pais*. ¡Y con cuánta razon lo dice! Con pocos patriotas como el Sr. Olózaga, tenia España hecha su jugada. ¡Pobre España!

El Sr. Olózaga cobra y disfruta en Paris como embajador:

Cada año ¡un millon de reales!

Cada mes ¡ochenta y tres mil trescientos veinte reales!

Cada dia ¡dos mil setecientos cuarenta reales!

Cada hora ¡ciento catorce reales!

Cada minuto ¡dos reales!

Dice V. muy bien, señor Olózaga:

¡*Dios salve al pais!* ¡Viva el rumbo!
¡*Harriero perdío atajarre de seda!*
¿Qué le importan á V. las necesidades de la Patria? ¿Qué le importa á V. que millones de españoles no tengan que comer? Usted entretanto, gasta, triunfa y se dá lustre.

¿No podría V. haber desempeñado

su embajada con la mitad del sueldo? ¿No podrían socorrerse con la otra mitad muchos infelices que son tan españoles como V., que valen tanto como V., y que han trabajado en la revolución algo mas que V? ¡Pobre España! ¡Pobre España!

— Señor, deme V. un abrazo.

— Tómalo, hombre; por cosa tan corta....

— ¡Cómo corta! No, señor!

— No te quería yo decir eso; pero vamos, ¿qué es ello?

— Ello es que hemos ganado.

A pesar de los pesares,

á pesar de los pesares....

— Pero Liberto de los demonios ¿Te has vuelto loco? ¿Por qué te pones á cantar con esos gritos tan grandes?

— Si, señor, nostramo. Yo creo que estoy loco y.... señor, déjeme V. que cante y que brinque y que diga todo lo que me dé la gana.

— Pero, hombre, haz lo posible por que entre esas cosas que te dé la gana de decir te dé tambien la gana de decirme la causa de tan extraordinaria alegría.

— ¿Pues no se la he dicho á V. ya? Porque hemos ganado.

— Si; eso ya te lo he oído; pero como no hay quien te saque de eso, no he podido comprender todavia que es lo que hemos ganado.

— Lo que hemos ganado, señor, es la votación.

— Bien, hombre, bien: me alegro en el alma.

— Si, señor: de siete colegios electorales hemos ganado los republicanos cinco.

A pesar de los pesares,

á pesar de los pesares....

— ¿Otra vez la canción de los pesares?

— Si, señor, esa copla no se me olvida á mi en mi vida.

— ¿Pero qué demonio de copla es esa, que no te la he oído yo nunca y hoy no haces mas que cantarla?

— Verá V., señor. Entre las papeletas del colegio de S. Nicolás, salió una en la que, algun guason, en vez de poner los nombres de los candidatos, puso una copla que decía así:

Dicen los republicanos
que á pesar de los pesares
de siete han ganado cinco
colegios electorales.

Y ya vé V. si el que hizo la copla sabia lo que se decía.

— Y efectivamente ha sido un gran triunfo.

— Y por poco, por poco los cinco no se vuelven seis: porque en el colegio de S. Nicolás hemos salido casi empatados á *pesar de los pesares*.

— A ver esplicame eso. ¿Os han hecho alguna jugarreta en ese Colegio?

— Los del Hospicio, señor: los del Hospicio. Y dígame V., nostramo; á los pobres del Hospicio ¿Quién los mantiene?

— ¿Quién los ha de mantener? Quien mantiene todas las obligaciones del Estado. El pueblo.

— Pues mire V.: yo creia que los mantenía algun particular, y que por eso tenían que votar lo que les mandase su amo, el que les daba de comer.

— Ni aunque así fuera, Liberto. Ningun amo tiene derecho á privar á sus criados y dependientes de un derecho tan sagrado como la libre emisión de su voto; de esa hermosa prerrogativa que la ley le concede. ¿No soy yo tu amo? ¿No te doy de comer? ¿Te he preguntado yo siquiera qué uso pensabas hacer de tu voto? Has votado á quien mejor te hn parecido, y has hecho bien. Si no hubieras sido mi criado, si hubieras sido solamente mi amigo acaso te hu-

quiera pedido por favor que votases tal ó cual candidatura: pero ¡valerme yo de la circunstancia de que eres un dependiente mio para imponerte tal obligación! No, Liberto: eso no está bien. Y en cuanto á lo del Hospicio, quizá no sea lo que tú te figuras.

—Pues, señor; entonces es la cosa mas rara del mundo que haya en una casa ciento doce votos, y que todos piensen igualitos, igualitos, sin discrepar en un solo candidato. En casa sin ir mas lejos estamos dos electores: ¿á qué no ha votado V. la misma candidatura que yo? Vamos á ver ¿á quién ha votado su merced, á los republicanos ó á los monárquicos?

—A unos y á otros,

—Qué, señor ¿ha votado V. dos candidaturas?

—No: lo que he hecho ha sido escoger de las dos candidaturas los cinco electores que mas confianza me merecian. En la candidatura republicana habia tres que me gustaban y dos que no conocia: quité estos dos y en vez de ellos puse otros dos que habia muy buenos en la candidatura ministerial.

—Eso me gusta, señor: y eso es lo que debíamos hacer todos.

*A pesar de los pesares,
á pesar de los pesares...*

—Y dale con la copla.

—Calle V., señor. Ahora canto por que me acuerdo del camelo....

—¿Qué camelo?

—El que le dió mi compadre y su gente el otro día á un señor....

—A ver; cuéntamelo.

—Pues verá V.—Ha de saber V. que mi compadre y otros muchos de su barrio están trabajando ahí en el camino de la sierra. Pues señor, cate V., que cuando mas descuidados estaban se les presentó un señor á caballo y les dijo que ya éramos todos unos, y que se les subiría el jornal, y que almorzaríamos

todos juntos, y que votasen, y qué sé yo que otras cosas. Pues, como iba diciendo, llegó el día primero de la elección y todos votaron por la república, y el señor se quedó con un palmo de narices, y dicen que está mas quemado que un pito manchego, y que ya no vá á haber mas trabajos, y qué sé yo cuantas cosas mas. Pero eso será todo mentira. ¿Es verdad, nostramo?

—Tal creo yo, Liberto: porque la verdad es que nadie absolutamente debe meterse en esas cosas ni imponer de esa manera.

—¿Ni la autoridad tampoco, nostramo?

—Menos. ¿No sabes que le está prohibido terminantemente ejercer coacción alguna, ni directa ni indirecta.

—Pues ello, señor, la verdad es la verdad.

—¿Y cual es la verdad, Liberto?

—La verdad es que hemos ganado en Córdoba de siete, cinco: En Sevilla de treinta y dos, veintiocho: En Málaga de todos, todos; y de otros muchos puntos que ya iremos sabiendo. Conque ya vé V. si tengo motivo para estar contento: y de consiguiente no me riña V. si me vé bailar solo, y me oye cantar mi coplilla

Dicen los republicanos que á pesar de los pesares de siete han ganado cinco colegios electorales.

Parece que Isabel de Borbon para remediar la soledad y el estado de aislamiento en que se encuentra, ha resuelto, despues de hondas meditaciones, abrir en el Pabellon Rohan un almacen de turrón al por mayor. Nos parece bien.

Parece que el Sr. Olózaga está muy disgustado por el mal efecto que han

producido en la corte de las Tullerías los sucesos de Cádiz. ¡Vaya por Dios, qué disgusto! Yo creía que los sucesos de Cádiz podrían ser buenos ó malos por sí mismos, y no por el efecto que hayan podido producir en las Tullerías.

¡Conque el Papa ha escrito á Doña Isabel de Borbon, manifestándole que no puede reconocer mas derechos que los suyos á la corona de España! Pues me parece que están muy *tuertos* los derechos de Doña Isabel.

No te compongas
Doña Isabel
que la corona
no ha de volver.

El Gobierno se propone que el servicio de correos sea mas liberal: como si dijéramos, que pase de progresista á republicano.

Mi amigo Monsieur. Cómprame en Manzanares un carnero morueco, y cuando lo tengas comprado, avísame, iré yo á ver si *topa*.

Parece que el Gobierno piensa publicar en breve un decreto sobre *bolsas*. —¿Sí? Pues mira, chico; cierra la puerta y apaga la luz.

Villancicos.

Coro.

Vaya con Dios la gorda,
la gorda con Dios vaya
y que no vuelva nunca
á venir por España.

Copla primera.

Una beata y un fraile,
una tia y un Juan lanas

se han ido á correr la tina
allá por tierras estrañas.

Vaya con Dios la gorda, etc.

Copla segunda.

En el pabellon Rohan
se han reunido unos jitanos
á pedir al niño terso
que venga á descuartizarnos.

Vaya con Dios la gorda, etc.

Copla tercera.

Una niña nació en Cádiz,
se destetó en Alco'ea,
y cuando llegó á Madrid
ya estaba casamentera.

Vaya con Dios la gorda, etc.

Dicen que el Gobernador eclesiástico de Puerto-Rico llama al Gobierno español Garibaldino y Mazziniano. ¿De qué Gobierno hablará: del del mes de Octubre, ó del de Diciembre? Porque.... como ha cambiado tanto la temperatura desde entonces....

Telégrama.

Catorce años. Gran Bretaña,
Génova, niño, Madrid,
Corona, gobierno, España,
D. Victor Manuel y Prim.

Ultima hora.

Carteles por toda Europa
vá repartiendo la Fama,
para que todos los grandes
gladiadores y gimnastas
tomen parte en la funcion
que en España se prepara.
El premio del vencedor
es la corona de España.

CÓRDOBA:—1869.

Imprenta del *Diario*.